



## [EL KIOSCO DE "EL PABLO"]

M<sup>a</sup> José Tejedor ]

**h]** Hay pocos lugares en Andorra que hayan pasado a formar parte de nuestras vidas casi sin darnos cuenta; éste lo ha conseguido, tiene una justificación de peso: es un lugar que desprende confianza y en el que todavía se siente la excepcional figura de su propietario: Pablo Lorenz Muñoz, que en compañía y con el apoyo de su familia llegó a ser un ejemplo de humanidad. Desde aquí queremos aprovechar esta oportunidad para dar las gracias por la ayuda que el quiosco *El Pablo* presta desinteresadamente a muchas asociaciones del pueblo de Andorra, entre ellas el Centro de Estudios Locales.

Pilar Ciércoles Alquézar y Pablo Lorenz Muñoz eran dos jóvenes que vivían en localidades vecinas, Andorra y Alloza respectivamente. Después de un noviazgo de varios años se casaron cuando ambos contaban veinticinco. Sería tres años después cuando el quiosco *El Pablo* comenzara la andadura que llega hasta nuestros días; de eso hace ya cuarenta y siete años. Tuvieron dos hijos, Pablo y Jesús.

Por aquella época, lo habitual en una pareja de recién casados era que la mujer "sólo" se dedicara a las tareas del hogar; Pilar, además, era cogedora de puntos de medias, labor que se prolongaba muchas



Pablo haciendo caras: Pablo tenía alma de cómico: le gustó siempre representar, parodiar y hacer caras para divertir a los demás.

noches hasta las tres de la madrugada ya que era la única que realizaba este trabajo en el pueblo. No satisfecha con sus "triviales" ocupaciones, una Pilar inquieta solicitó a su marido, trabajador por entonces en la tienda de ropa *El Burguete*, que en la casa en la que vivían, ubicación actual del quiosco, le instalara una pequeña tienda para poder tener alguna ocupación más en la que entretenerse, como ella misma cuenta. El quiosco abre su pequeña ventani-

lla en 1956, en los bajos de la casa de los padres de Pilar, donde con anterioridad había habido un bar de licores y vinos llamado *El Maño*, que durante varios años más se mantuvo junto a éste y posteriormente se instaló el bar *El Tropezón*, negocio propiedad de familiares de Pilar que luego cambiaría de ubicación. Dos quioscos hubo en Andorra además del de Pablo,

el del tío Juan (de copas y tabaco) y el del Aurelio (de copas, tabaco, chuches y cromos), que cerraron a finales de los años sesenta.

Así pues, un Pablo solícito y abierto a nuevas oportunidades cogió todos sus ahorros, viajó hasta Zaragoza una mañana temprano y regresó con un saco lleno de tebeos, novelas, chucherías... que en un primer momento mereció el reproche de su mujer: *¿cómo vamos a vender todas esas cosas, chico?* Para su sorpresa, a mitad de mañana ya no les quedaba de nada. Así comenzó una carrera exitosa ya no sólo en ventas de productos materiales, sino de aquello que hoy y nunca tiene precio: simpatía, amabilidad, solidaridad y divertimento, cualidades que Pilar recuerda con gran nostalgia desprendía su marido: *era un gran comediante, amigo de sus amigos y de sus hijos.*

Varias remodelaciones ha sufrido el quiosco desde que abrió en 1956. Al principio el local era tan pequeño que sólo contaba con una pequeña ventanilla hacia la calle por la que se expedía una gran variedad de productos con grandes dosis de simpatía. En 1963 consigue la categoría de bar-kiосo 4<sup>o</sup>. En 1965 se amplía el espacio que ocupaba en la casa donde estaba ubicado con un pequeño escaparate y mayor decoración. Su última renovación es del año 1998 llevada a cabo por sus actuales propieta-



1-En Fiestas (1964): En fiestas, la gente se vuelve gastadora y el kiosco no da abasto. Pablo y Pilar, entre tebeos, chucherías, juguetes de plástico y la máquina expendedora de bolas de chicle, se esmeran para atender al público en San Macario de 1964. 2-Pilar y Pablo con sus hijos Jesús y Pablo, continuadores en el espíritu del negocio emprendido por sus padres. 3-En un comienzo, el kiosco no era sino una ventana abierta a la calle, en donde se había puesto un banco para que los niños llegaran al mostrador y poder así pedir sus golosinas. Empezaba a ser un escaparate para el pueblo: un cartel anunciaba grandes fiestas para San Cristóbal. En la casa de al lado abría El Maño. Vinos y licores. 4-Bar-kiosco 4º, 1963: El Sindicato Provincial de Hostelería y Similares otorgó en 1963 al establecimiento de Pablo Lorenz Muñoz la clasificación de Bar-kiosco 4º, categoría que le permitía expender bebidas para consumir en el mostrador. 5-El kiosco con el nuevo look (obra del propio Pablo que le gustaba redecorarlo de vez en cuando su establecimiento) ofrecía mostrador más amplio y una cristalería para resguardarlo de la intemperie. A la madrugada, los desayunos; el resto del día, los generosos vinos para una fiel y sociable clientela. 6-Juerga en el quiosco. Mabel, Blanco y Negro, Lolita, Sábado Gráfico, Bolero Films, Lecturas, Marca, Rompeolas..., las revistas del momento cobijan a Pablo y Pilar que saludan tras la cortina de una clientela metida en juerga. 7-El kiosco de la venta: El Noticiero fue el primer periódico en venderse diariamente en el kiosco. Gaseosas, refrescos y agua mineral rivalizaban en la propaganda mural.

rios, Pablo, uno de los hijos de Pilar y Pablo, y su mujer, Chon.

La gama de productos de que disponía *El Pablo* se fue ampliando poco a poco según las demandas que iban surgiendo: Pablo estaba dispuesto a todo, trabajaba sin descanso, el kiosco se convirtió en algo más que un negocio casi desde sus comienzos. Así, llegó a ser un verdadero almacén al que acudían todos los andorranos fuera cual fuera la hora del día: pipas, novelas, tebeos, licores, libros, tabaco, prensa, lotería... Las anécdotas y recuerdos se agolpan en la memoria de Pilar, que al calor de una agradable y nostálgica conversación nos cuenta una a una la historia que vive detrás de alguno de los productos más emblemáticos del kiosco. Sus hijos participan de los recuerdos y ayudan a su madre a continuar: *Cuéntale mamá lo de...*

*Era el Pablo muy bueno para los chicos del pueblo y los maestros le pidieron que se encargara de llevarlos de campamentos a Cullera, comienza Pilar. De este modo, Pablo se encargaba de cuidar a los chicos durante su desplazamiento y durante la estancia, que él pasaba en Algemesí, un pueblo cercano, donde se puso en contacto con pipas Llopis, que se hicieron muy populares y no dejaron de venderse hasta hace sólo varios años. Al principio se vendían en papel por el precio de dos reales o a peseta.*

A partir de 1963, y con el permiso de *bar-kiosco 4º*, vendieron vino, siempre de *Alloza, el mejor*, remarca Pilar, y otros licores, que conservaban siempre frescos en las enormes y únicas neveras del pueblo.

En cuanto a la prensa, estaba prohibida venderla desde el Domingo por la tarde hasta el Lunes a las cinco de la tarde. Disponían de: *El Noticiero, El Lunes y Zaragoza Deportivo*. Merece tratamiento aparte *El Heraldo*, que comenzó a venderse en el kiosco a partir de 1970, año en el que dejó de venderlo el tío Cartero en Correos, ya que lo tenía como exclusividad y por él recibía un plus: *el Pablo nunca quiso venderlo para no quitarle esas perras de más, sólo cuando murió lo pusimos nosotros*, explica Pilar.

Es curioso también comprobar cómo la historia de nuestras gentes sigue viva gracias a personas como Pilar, que recuerda los tiempos de antes y después de la guerra civil, cuando los unos y luego los otros, como ella misma los califica, le robaban primero y le confiscaban después el tabaco que también vendía sin licencia; poco después le ofrecieron una para convertirse en estancquillo.

Y cómo no, la popular lotería y las quinielas, manuales en sus inicios, que Juan Monzón Bernad, propietario de uno de los bares de Andorra, ofreció en 1962 a Pilar, ya que le suponían un gran incordio en el bar y no

*dejaban nada*, justifica Pilar.

De este modo, el kiosco se convirtió en el centro neurálgico del pueblo, reunión de jóvenes, mayores y ancianos. Abría a las cinco de la mañana y cerraba a las once de la noche. Los más madrugadores eran los mineros que se acercaban a tomar la primera copa, luego los pastores, los chicos de la escuela y hasta los profesores; así uno a uno la mayor parte de los andorranos, que veían en el kiosco un lugar para el disfrute, tanto para el paladar como para los sentidos: bailaban, escuchaban chistes de Gila, intercambiaban cromos, solicitaban a Pablo el trayecto y los autobuses para ir de vacaciones o para volver al pueblo de origen porque había muerto un familiar.

Todo eso era Pablo Lorenz, un amigo, un compañero, inmensamente amable y bondadoso con los forasteros, que encontraban en él el primer apoyo al llegar a un lugar extraño, y los andorranos. La mala fortuna quiso llevárselo pronto, demasiado. Sólo tenía 56 años cuando murió; pero su espíritu sigue vivo en el recuerdo de aquellos que todavía hoy siguen con nosotros y en el que sigue siendo protagonista indiscutible. *Todavía hoy estamos recogiendo la cosecha de mi padre, manifiesta su hijo Pablo, y queremos continuar con la misma filosofía que inició él, para ser mucho más que un simple quiosco. ♣*